

Diez años sin María Luisa Puga

Rosa Beltrán

A las amigas del Taller Diana Morán

Tenía 23 años y estudiaba Letras Hispánicas. Un día vi un anuncio sobre jóvenes narradores, de la Onda en adelante, es decir, de José Agustín a una serie de escritores que no conocía. Ese día, Margarita Peña presentaba a María Luisa Puga en la Facultad de Filosofía y Letras. Se trataba de una joven de morral y pantalones de mezclilla con un corte de pelo “a lo paje”, como se llamaba entonces a ese casquete que además de estar de moda se asociaba a los jóvenes de ideas liberales. Me impresionaron la frescura y sencillez de la personalidad de la autora en contraste con la profundidad de un pensamiento complejo y reflexivo aunado a una capacidad excepcional de descripción. Daba la impresión de ser una vieja-joven que se hubiera detenido mucho tiempo en las cosas. Compré su libro. Se llamaba *Pánico o peligro* y parecía una extensión de la persona que había escuchado hablar, sin mediación, sin trucos o andamiajes conceptuales que hicieran tropezar la historia, como salida de una conversación casual. En ella, una joven hablaba de su relación con tres amigas, desde la escuela hasta el momento de la adultez en que el personaje protagónico (Susana) parece haber adquirido conciencia del mundo gracias al supuesto diario que escribe para su compañero sentimental, el destinatario, igual que nosotros, de la historia. Una novela de crecimiento, pues. Pero una novela atípica.

Yo no había leído a una autora mexicana que ahondara con ese nivel de detalle en la posibilidad de ser mujer a partir de la observación de los mecanismos que hacen que uno sea quien uno llega a ser. Que tomara conciencia de cómo se construye la conciencia. Que transcurriera por una infancia y adolescencia nada especia-

les, sin otra excepcionalidad que la capacidad del personaje de ver su entorno sin concesiones, descarnadamente y sin escándalo. El personaje, “Susana la pasmada”, era perfecto vehículo para sorprenderse



de todo aquello que damos por sentado. Su no entender nos servía a nosotros, lectores, para darnos cuenta de que la conciencia política, los alardes del activismo, la ideología que entonces, en los setenta, parecía lo natural —“el mundo tal cual era”—, podían ser sometidos, también, a un cuestionamiento. Y que ese escrutinio se podía hacer a través de un personaje que nos cae muy bien, pero que no deberíamos creernos. Me explico. Susana la protagonista tiene otras tres amigas, cada una un estereotipo, una forma de ser mujer, y todas menos una, muy criticables. Era muy fácil criticar a Socorro, que era bella, frívola, interesada en encontrar amantes ri-

cos y con un futuro de lujos como modelo. O a Lola, que era redonda y nutricia, de dulces ojos azules, siempre demandando amor, provocando amor, perorando sobre la importancia de quererse mucho como si eso fuera lo único que importara. Hasta a Susana, la que hablaba, era fácil criticarla por ser, como ella decía de sí misma, una “pasmada”, una joven ingenua que no tiene malicia ni autocrítica.

“Socorro definitivamente era la más bonita de las cuatro. Era la bonita, punto, porque nosotras... Lourdes era bizca, para qué te digo más. Y Lola era... bueno, no sé, como que todas teníamos algo bonito. Lola tenía ojos azules muy lindos, pero era como una papita. Socorro, en cambio, sí era muy bonita. Es la que te digo que le pegaban en su casa. La que quería ser rica. Todo el tiempo se andaba viendo en los escaparates, en los vidrios de los coches. Casi como si no creyera ser ella” (*Pánico o peligro*, p. 12).

Desde el principio sabías como lector que le iría mal a Socorro, que Lola no haría nada con su vida y que Susana representaba lo medianito, lo convencional. En cambio a Lourdes era difícil criticarla, pese a lo estereotipado de sus gestos, porque en los ochenta lo obvio era estar politizada, y ser de izquierda era la única opción moral. Quiero decir: ser de izquierda y ser marxista. Rechazar la comodidad burguesa, lo superfluo, lo cómodo. Lourdes fue, por tanto, el personaje que más trabajo me dio rechazar. Yo venía de alfabetizar en la sierra de Hidalgo, leía a Sartre, a José Revueltas, a Althusser y a Rosa Luxemburgo y pensaba que la única revolución posible era la marxista-leninista y había que hacerla ya. Mis compañeros de banca eran refugiados de las dictaduras latinoameri-

canas: chilenos, argentinos, uruguayos, salvadoreños y estábamos con ellos. Yo había decidido tener una hija a los 19 años y la llevaba a un Montessori progresista donde sus compañeros eran los hijos de esos refugiados. Un día invitaron a mi hija a una fiesta infantil. La niña del cumpleaños se llamaba Inra, que a mí me sonaba como a nombre hindú. Pero cuando le pregunté a su mamá por el significado del nombre, me dijo que quería decir “Instituto Nacional de la Reforma Agraria”, porque era el lugar donde le habían ofrecido trabajo a su esposo. Después de aclarar el asunto, sacó las piñatas, que eran dos. Tenían las caras de Pinochet y de Videla. Cuando las otras madres y yo miramos a la mamá de Inra, sorprendidas, ella nos dijo que debíamos empezar a crear conciencia en nuestros hijos desde chiquitos. Pongo este ejemplo para ilustrar el momento histórico y el contexto en que vivía y el porqué de mi incompreensión en *Pánico o peligro* a la crítica que hace la protagonista de su amiga Lourdes, una militante que todo lo ve a través del así llamado “compromiso social” sin que este represente cambio alguno. Ahora sé que Lourdes representa el esnobismo intelectual: ese tomar postura como una necesidad de control o de aceptación; ese actuar siguiendo un programa, tan típico de la época. Y que no era que la protagonista (o Puga mis-

ma) estuvieran contra la izquierda, faltaba más, sino que eran capaces de distanciarse para hacer la crítica de la crítica.

Me tomó muchos años saber que el azoro de Susana, que su “ser pasmada” o su no entender eran, son, una estrategia narrativa y política que la propia Puga empleó en su vida como método para descubrirse como ser humano y como escritora. Además de libros, tenía cuadernos con marcaciones de todo tipo: lo que se refería a los deberes, lo que tenía que ver con notas para algún posible libro, etcétera. Ahora se la conoce como “la autora de la escritura incesante”¹ por haber escrito sin tregua novelas, ensayos, cuentos y por llevar un diario a todas partes. Incluso en sus años finales, atacada por una enfermedad casi paralizante, tenía una suerte de pupitre adaptado al coche para no tener que suspender la escritura ni yendo por carretera dentro de un vehículo. Inventó una simbología para dividir los apuntes que iba tomando en distintos rubros y trató de no mentir y no mentirse.

Estas son dos de las cualidades que más rescato y más me impresionan de Puga. El escribir incesante y la necesidad de no

mentirse. El comprometerse con cualquier cosa que saliera de su mano; no sólo con su obra, sino con sus conferencias incluso. En una época de su vida, después de haberse ido a vivir a Erongarícuaro con su compañero Isaac y dedicarse a dar talleres de literatura para niños y jóvenes, la invitaron a dar una serie de charlas por varios estados de la República. Puga pudo muy bien haber escrito una espléndida conferencia a la que le fuera quitando o añadiendo cosas, como muchos suelen hacer. Pero era incapaz de hacer algo así. Escribió tantas conferencias como lugares en los que las impartió y lo hizo desde su pupitre móvil del coche que alguien más conducía. Otro aspecto que la vuelve admirable es que en los talleres que impartía en Michoacán, al decir de su compañero Isaac, procuraba siempre ser distinta y original. Por ejemplo: ponía una grabadora delante de los niños y les decía “esta grabadora es un...” y ellos tenían que ponerle nombre y empezar a describir con la imaginación ese nuevo objeto o ser recién creado, después de lo cual, para sorpresa de quienes habían dejado volar la imaginación, aparecía grabado el pequeño cuento que habían escrito de manera oral.

La obra de esta autora tiene un solo tema; tema que fui descubriendo después al conocer el resto de su obra. La obsesión por la identidad. La necesidad de saber quién es uno, quiénes son los que nos rodean, hasta dónde lo nuestro es realmente nuestro y hasta dónde es algo erigido por las necesidades de los demás.

Por todas estas razones, más otras que no caben en esta nota, celebro que la editorial Siglo XXI haya reeditado sus cuatro novelas torales. Que haya decidido sacar del desconocimiento a una autora que conocimos en los ochenta pero que ha sufrido la doble muerte a la que parecen estar condenadas las autoras: la muerte física y la segunda, que se da cuando no las reeditan, no las leen, no las conocen. Los lectores se pierden entonces de una experiencia irrepetible, porque si algo hace una buena escritora es escribir como nadie más lo está haciendo. Hoy, a diez años de su muerte, hay que acercarse a la obra de esta autora que está tan viva. **u**

¹ María Luisa Puga, *La escritura que no cesa*, edición de Ana Rosa Domenella, ITESM, México, 2006, Colección Desbordar El Canon. Las referencias a los talleres de Puga también están tomadas de este libro.



© Rogelio Cuatrecasas

María Luisa Puga